

"El oro corruptor"

Cuando el perfil de San José lo dibujaban las cúpulas de la Catedral y del Teatro Nacional, hablar de liberalismo, constituía confesarse como "hombre de ideas avanzadas". Las sociedades, generalmente, se dividían en conservadores y liberales. (esa clasificación pervive aún en Nicaragua y algunos otros países). Y los liberales de entonces trinaban, como hombres de ideas avanzadas, contra la gravitación que el capital tenía en la escogencia de los candidatos a la presidencia de la República. "El oro es corruptor", se afirmaba a voz en cuello. Y, aunque el comentarista ignora lo que los demás mortales pensaban, él, por lo menos él, aceptaba la frase como un dogma y repetía: "El oro es corruptor".

No cabía la menor duda de que llegaría la fecha en que el "oro corruptor" no tendría ingerencia, ni desempeñaría papel alguno, en la escogencia del candidato a la presidencia de la República. Ese día sería el día grande. Y en espera del día grande, nos fuimos quedando, y nos quedamos tanto, que mire usted por donde, nos hemos hecho viejos, esperando el día.

Cuando se afirmaba que a Fulano lo respaldaba el capital, ya se daba por hecho, que saldría electo. Con el capital de respaldo, el candidato podía repartir chicha, regalar carne de chanco a los votantes, pasarles por lo bajo una "libra" y demás desmanes de aquellos tiempos en que ocurrieron, para vergüenza de la pudibunda inocencia de la República, los "crímenes horribles de Alajuela y Heredia".

El capital era de los conservadores. Los liberales pensaban así porque no tenían capital. Visto el asunto desde ahora, habría sido muy posible que los liberales, de conseguirse unas platas, se tornaran más conservadores que los más recalcitantes conservadores.

El estigma de aquella época, fue "el oro corruptor". Y los años languicieron como la frase se deslavazaba, tal se descolora una cortina a la que le da el sol. Algunos años después, la Sociedad nuestra, ya no se dividió en liberales y conservadores. Había nacido la economía dirigida, y se realizaba, a bombo y platillo, el bautizo de una nueva justicia, que no tenía balanza ni era ciega. Se llamaba "Justicia social". Con estos arribos al condumio del ciudadano, los nombres de las características comenzaron a sufrir hondas transformaciones. Para esas fechas, no se hablaba de conservadores y de liberales, sino que la nomenclatura había incluido los términos asustantes de comunistas, socialistas, "ricos progresistas", y reaccionarios. Dentro de este último vocablo habían quedado inmersos todos los conservadores y buena parte de los liberales. Los que se salvaron, lo habían conseguido por su alistamiento en las líneas y términos numerados al principio de la lista.

La cosa se puso todavía más variada, en cuanto aparecieron comunistas marxistas leninistas, comunistas, maoístas, comunistas "cheguevaristas", socialistas moderados, socialistas radicales, reaccionarios y "gorilas", encantador apodo que le acomodaron los comunistas a todo lo que fuera castrense, habida cuenta de que el ejército era un escollo para ellos.

Todavía faltaba una variante, que fue la tapa. En muchos países, la venalidad de los políticos, la salvajada de las revoluciones y la implantación del Terror (digno de Marat o de Ivan IV) la debilidad de los reaccionarios peleándose el poder político, hizo que a la postre los comunistas alcanzaran el poder en las propias urnas, y que los



José
Marín
Cañas

"gorilas" lo tomaron, en otros países, para hacer ellos, a su manera, la famosa "Justicia Social".

Aunque la batahola que encres paba al mundo, en lo social, en lo político y, fundamentalmente, en lo moral, era, para asustar a cualquier vecino pacífico de natural, la aparición del "secuestro" como arma política. Y rebalsó los límites de la dignidad del hombre criado, al fin y a la postre, dentro del precepto de "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", que no es cristiano, sino principio de todas las religiones de esta ecuménica esfera poblada de seres. Era, pues, el momento histórico, en que el hombre y el tigre, como lo que ría el Santo de Asís, podían llamarse hermanos. La democracia, con tanta mar gruesa, comenzó a perder carnes y dignidad.

Pero... por fin, ya no se hablaba del "oro corruptor". Las fuerzas revolucionarias de los pueblos; la solidez de los sindicatos; la preparación de la masa para la lucha política; el adoctrinamiento de cada elector, daba la esperanza de que los grandes problemas de la sociedad iban a ser transformados sin la intervención del capital. El "pueblo" —lease, la masa de votantes— alcanzaría sus deseos sin la intervención y contra la intervención del capital. Respiramos hondo y satisfactorio; el "oro corruptor" había fallecido por inanición, y estaba muerto y enterrado.

Y para cantarle el réquiem, se dispuso que fuera el gobierno, con la plata de los ciudadanos que pagan sus impuestos, el que adelantara el dinero necesario para cubrir los gastos que demanda la encantadora campaña política, cuya vocinglería, banderas, movilización motorizada, discursos degarretados y a grito herido, constituían, para los pueblos donde no pasa nada, una novedad muy semajante a la llegada del circo.

Y se creó una sabia fórmula para el reparto. Era un reparto equitativo, proporcional a los votos obtenidos en la pasada cita por las elecciones anteriores. Como era muy natural, los dos partidos mayoritarios en que se había dividido el país, conseguían un jugoso aporte para repetir el juego. Y como era natural, también, los pequeños minorías, no tenían fuerza para entrar a la contienda. Una idea luminosa puso claridad en el ambiente: todos debían reunirse alrededor del que tenía la plata. Como se ve, nada es más lógico. Todas las minorías podían acudir a reforzar al de la plata, porque "más no podían". Lo que fue una lástima, pero al mismo tiempo una bendición, lo constituyó el hecho ejemplarísimo y muy reconfortante, de que para la elección del único que jefearía todos los grupos, el que se apuntara debía traer su plata.

Y como las minorías, por ser minorías, no tenían "su plata", tuvieron que hacer las maletas y dedicarse a otra cosa.

Resultó, como era natural, que sólo las mayorías tenían la plata facilitada por los propios ciudadanos, —tírios y troyanos— que pagan religiosamente los abultados impuestos que gozamos.

El curso de todo esto, ha seguido, como se puede ver a simple vista, un cauce natural, de hechos lógicos. A nadie se le ha ocurrido mentar siquiera el "oro corruptor".

Los que vivimos hace años bajo el estigma de esa frase hecha,

hemos podido tomar un respiro.

Nada nos alegra más que saber la inexistencia de lo que corrompe. Esto constituye —¡quién va a dudar!— una conquista más dentro del buen y razonable número de las alcanzadas. Nada es corrupto. Todo es limpio, oxigenado, transparente.

Por fin vamos a una campaña sin que nuestro sueño se perturbe por la insania y el virus que pudrió las fuentes sostenedoras de la batalla. El dinero que se gasta proviene de un lugar neutro, lo da un personaje con antifaz cuyo rostro desconocemos y cuya identidad es inubicable. Poco a poco, en todos los órdenes, la responsabilidad se va licuando en forma tal, que a la postre, nadie tiene obligación de meter el hombro, ni de dar la cara, ni de filosofar sobre su actitud, ni de escoger "al hombre". El país ha tomado la forma moderna y adelantada del restaurant, en donde se da todo servido, cocido y frito, sin que se sepa quién lo hizo, ni cómo lo hizo.

Estas condiciones son altamente democráticas, puesto que presntan la ocasión de que se realice la "igualdad de oportunidades para todos", cosa que simplifica mucho el trabajo, disminuye el nivel, afloja lo apretado del compromiso, mengua las virtudes y hace desaparecer la necesidad del carisma. Sacarles la plata antes, a los ricos, requería que el aspirante tuviera un comovecor cúmulo de aptitudes, de pruebas históricas, de hechos relevantes, de irrefutable preparación que diera respaldo a la avariciosa inversión del "oro corruptor". Con el nuevo método, no solamente hemos desagradado al oro, sino que hemos abierto las puertas a todo hijo de vecino que tenga un elevado espíritu y un noble afán de servir al país.

Pero, al mismo tiempo, hemos creado la estatificación de un estado político calcado sobre un hecho que dividió a la patria en dos grandes porciones de "antis". Por la razón aritmética irreversible de que sólo dos hay que puedan sostener la vela, a ellos, y sólo a ellos, han de acudir aquellos que sientan los impulsos de sacrificarse en servicio de los ciudadanos.

Por la combinación de los dos efectos que causan ahora las nuevas medidas, vamos camino a llegar a la anulación de los partidos políticos. Hay quien piensa que la ausencia de los partidos políticos es la muerte de la democracia. Pero también hay quien piensa, en una estúpida utopía, que la realidad perfecta sería a fin de cuentas, que el partido único fuera el partido de la patria.

O por lo menos, la obligación "apriorística" de que todo gobierno debe ser integrado en forma nacional. Lejana e intangible, efímera y evanescente ilusión. Tendríamos que comenzar por hacer hombres apolíticos y serenos, cultos y razonables, de juicio crítico agudo y riguroso modestos y sabios al par. Adcentar la batalla, barrer la pista del circo, educar las gradearias

Esto sí sería una verdadera anulación del "oro corruptor".